

EL BARCO DE VAPOR



Bernardo Atxaga

# Shola y la tía de América

Ilustraciones de Mikel Valverde





EL BARCO



DE VAPOR

# Shola y la tía de América

Bernardo Atxaga

Ilustraciones de Mikel Valverde



www.

literaturasm  
.com



Dirección editorial: Elsa Aguiar  
Coordinación editorial: Gabriel Brandariz  
Traducción del euskera: Asun Garikano

© del texto: Bernardo Atxaga, 2014  
© de las ilustraciones: Mikel Valverde, 2014  
© Ediciones SM, 2014  
Impresores, 2  
Urbanización Prado del Espino  
28660 Boadilla del Monte (Madrid)  
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323

Fax: 902 241 222

e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-6942-1

Depósito legal: M-291-2014

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta obra  
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,  
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# 1

SHOLA VIVÍA FELIZ, muy feliz. Salía de casa cuando le daba la gana y paseaba por donde le daba la gana. Luego, cuando le daba la gana, emprendía el regreso a su casa, unas veces andando y otras corriendo, según le diera la gana.



Un día que iba por el parque, se le acercó una pareja de jóvenes. La chica agarraba un micrófono, el chico apoyaba una cámara grande en el hombro. La cámara tenía una lucecita roja encendida.

Los dos jóvenes le dijeron que eran periodistas y que estaban grabando para el programa *En directo desde el parque*. ¿Tendría la amabilidad de decir unas palabras?

Shola contestó como le dio la gana, afirmativamente. Sí, sería amable.

–Díganos su nombre, por favor –le pidió la periodista poniéndole el micrófono delante de la boca.

–Shola –dijo ella mirando a la cámara.

–Muy bien, Tola. Díganos...

–«Tola» no: «Shola» –corrigió ella con dignidad.

–Gracias por la corrección –continuó la periodista–. Díganos ahora, lo más breve-



mente posible porque estamos en directo: ¿cómo se ve a sí misma?, ¿cómo se definiría?

Shola se quedó pensativa. Era consciente de que en aquel instante miles y miles de pantallas mostraban su imagen, y no quería decir tonterías.

—Adelante, Bola —la animó la periodista—. ¿Cómo se definiría? ¿Qué es usted?

—«Bola» no: «Shola» —corrigió ella con dignidad.

–Claro, por supuesto. Pero estamos en directo, desde el parque, en directo. No tenemos mucho tiempo, así que, por favor, ¿qué es usted?

El periodista que portaba la cámara se situó a un paso de ella.

Justo en aquel momento, Grogó se encontraba frente al aparato de televisión, viendo a Shola. La cara de su perra ocupaba toda la pantalla. Se la veía pensando con todas sus fuerzas, con la frente apretada, concentrada en la pregunta. Con dignidad y elegancia, Shola abrió la boca.

–¡Soy un animal libre!

–¡Libre! –repitió la periodista. Estaba sorprendida. Llevaba años realizando entrevistas para el programa *En directo desde el parque*, y era la primera vez que oía aquella palabra tan poderosa–. ¡*Rara avis!* –exclamó con admiración.



–Exactamente. Rarevich. «Shola Rarevich» –añadió Shola. Le había gustado el nombre: «Rarevich».

Grogó se llevó las manos a la cabeza y se puso a dar explicaciones.

–¡No, Shola! ¡No es «Rarevich»! No se trata de un apellido, sino de una expresión latina, *rara avis*, «ave rara». Se dice de los seres extraños o extravagantes. Al afirmar que eres libre, has respondido de forma poco habitual, y por eso la periodista...



Se calló de golpe. Sus explicaciones no servían para nada. Shola no se encontraba en casa, sino en la pantalla de la televisión, y no podía oírle. En aquel instante, la periodista le dirigía una nueva pregunta:

–¿Por qué se considera un animal libre?

No era una pregunta cualquiera. Shola ofreció a la cámara un primer plano de su frente. Luego, expuso sus razones de forma ordenada:

–Hago lo que me da la gana. Como lo que me da la gana a la hora que me da la gana. Veo la televisión hasta la hora que me da



la gana. Digo lo que me da la gana. Salgo a la calle cuando me da la gana. Etcétera.

–Pero de esa forma... ¡la vida se convierte en un desbarajuste! –exclamó la periodista.

–¡Me gusta el desbarajuste! –declaró Shola sin pestañear.

–Bueno. Muchas gracias, Dola. Hasta la próxima –se despidió la periodista.

–«Dola» no: «Shola». «Shola Rarevich» –corrigió ella con dignidad y elegancia.